Hijos de borracho

Es una de esas criaturas cuya vista inspira lástima, pena... Tiene unas orejas enormes que lo hacen grotesco y ríe siempre, con una risa estúpida bailando en su cara, que no es fea, pobrecito...

Fué mi discípulo. Siempre venía con ropita vieja pero muy cosida, un pañuelo limpio al cuello, peinado... y en su expresión idiota, en su risa inconsciente yo veo que lo cuidan, arreglan y acarician una manos prolijas de madre buena...

Cuando llegó el frío, siguió siempre trayendo su trajecito de brin limpio y remendadito, pero la madre cambió el pañuelo del cuello por una pañoletita rosada.

Los otros chicos se reían de él, de sus orejas enormes llenas de sabañones, de la pañoletita de mujer...

¡Mi pobrecito!.... Nunca olvidaré la tarde en que vino a mí llorando, con un gesto idéntico al de su risa y las enormes orejas horribles chorreando sangre...

Los otros chicos sentados detrás le habían pellizcado; odiosos, malos — como que nunca tuvieron hambre, — reían escondiéndose.

Y fuera, mientras yo lavaba y curaba sus lastimaduras, él lloraba riendo, sacudiéndose todo y mirándome con una mirada extraña que pedía un beso. Y sobre la lastimadura sangrienta cayó algo tibio que un momento me nubló los ojos y se unió luego a las gotas de sangre que ponían en el agua un tinte rojizo...

¡Qué pena, qué pena tan grande, verlo así sufrir y llorar, a él que era chiquito, que tenía frío, que sufría burlas!...

Desde aquel día lo quise mucho; hubiera querido darle algo grande que ni yo misma sabía lo que era; tuve por él la ternura que deben sentir las madres buenas por el hijo más feo, por el hijo más malo, por el hijo más bruto...

Yo sabía también que él me quería. A veces encontraba sus ojos parados, fijos en los míos, y al ver que yo lo miraba, reía con su risa de placer estúpido.

Una tarde levantóse de su asiento y se acercó a mí, mirando receloso a los otros y escondiendo bajo el saquito algo que puso sobre mi mesa.

— *"Le manda mamá para usted".*

Y se alejó apurado, temiendo siempre a la burla de los demás.

Era un paquetito chico, envuelto en papel de seda y atado con una cintita... Yo lo abrí: un juego feo, ordinario, de peinetas con grandes cuentas azules... Me temblaron las manos al tomarlas... Yo sabía que eso eran muchas horas de trabajo, un pedazo de pan menos en la mesa...

¡La ofrenda del miserable!... No hay nada que llegue más al alma que lo que el pobre da privándose de mucho... Regalo de mujer a mujer. La madre del chico pobre, que manda a la maestra que quiere a su hijito del que todos ríen, unas peinetas... unas peinetas feas, con piedras azules que para esa pobre maestra valen más que si fueran de brillantes.

Siempre las llevo. Si alguna ríe de ellas, no cuento su historia. Digo simplemente: *sí, son feas.*

Ayer, cuando la tarde caía sobre el campo lleno de paz, y pasaba yo, al paso lento de mi caballo, por el camino ancho, lo encontré a él. Traía las vacas. Caminando detrás de ellas las "arreaba"... Cuando me vió, no pudo disimular su alegría. Solo conmigo, lejos de los compañeros y sus risas, me habló irguiéndose en las puntas de sus piececitos descalzos, para alcanzar los caramelos que yo le tendía.

"Allá es mi casa. Venga ¿quiere?... con eso la ve mamá y le da leche. Venga...

Y yo fuí con él.

Salió la madre, pálida, muy delgada, con los labios blancos y una tristeza larga en la mirada...

Me trajo un sillón de esos grandes, con asiento de cuero. — "Siéntese aquí, niña."

Frente a frente, hablamos con cariño, como viejas amigas.

Pasó un rato. El chicho me trajo un vaso de leche recién sacada; la madre tuvo una excusa y una confidencia triste. *"Perdone, niña, que no le demos mate, pero hoy no tenemos yerba. Mire, mi marido es bueno; trabaja. Pero "toma". Estando así, no quiere darnos nada. Antes, cuando yo era sana y podía trabajar, no me pasaba esto, pero ahora no puedo hacer fuerzas, ni caminar mucho siquiera..."*

Seguimos hablando. Evocó ella la enfermedad espantosa que tenía su cuerpo vacío de sangre y no le dejaba ganar el pan de sus hijos...

Yo tuve un sobresalto. En la puerta apareció una cosa horrible, ridícula, cuyo espanto incitaba a reír... Era una criatura como de cuatro años, con la cabeza enorme metida en una galera negra: una idiota con apariencia de monstruo.

La madre explicó como avergonzada. Es mi hija, niña. Está enferma. La pobre es loquita, pero buena. Ya ve, teniendo un sombrero de hombre que ponerse, está contenta. Si no, llora y grita todo el día...

La chica se ha acercado a mí. Ríe gozosa mirando los botones brillantes de mi pollera; los toca, los acaricia con pequeños gritos de alegría y alza a mí unos ojos cariñosos, que parecen de hombre muy viejo, bajo la frente enorme y abombada... Dilatada la boca de gozo, ríe...

De pronto, vuelta a la madre con una voz horrible, ronca y gutural que parece un chillido, pide *pan, pan.*

La infeliz se levanta y trae un pan grande que reparte entre ellos y yo... Es tal vez el último que tiene. Sin embargo lo tomo... Yo se bien que no

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI0000607D00300000